



Capítulo 221 - Mi dulce Stella

El silencio era denso, casi palpable. La oscuridad que la rodeaba parecía un manto pesado que envolvía a Stella en un vacío infinito.

Su mente seguía atrapada en los recuerdos, en el peso del dolor y la intensidad del pasado que Vergil le había hecho revivir. Pero poco a poco, la consciencia comenzó a regresar.

Sus ojos se abrieron lentamente, adaptándose a la penumbra de la habitación. La suavidad bajo su cuerpo y el calor que la rodeaba le indicaron que estaba en una cama.

Su cuerpo estaba relajado, más de lo que recordaba que podía estar, y por un breve momento, todo se sintió... en paz.

Pero entonces, al aclararse la mente, el recuerdo de sus lágrimas, del tacto reconfortante de Vergil, de cómo la abrazaba, regresó como una ola. Stella frunció el ceño ligeramente.

Ella... se derrumbó.

Delante de él.

Ella le había permitido verla en su momento más vulnerable.

Una incomodidad se apretó en su pecho al pensarlo, un conflicto interno entre orgullo y alivio.





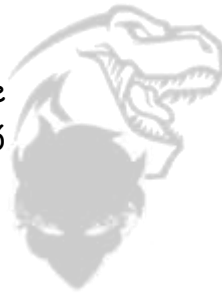
Nadie la había visto así. Nadie la había abrazado así.

Al girar la cara lentamente, Stella notó algo curioso. No estaba sola.

Sus ojos se abrieron ligeramente al darse cuenta de que yacía sobre un cuerpo cálido y firme. Más concretamente, sobre Vergil.

Una descarga le recorrió la espalda como un rayo. Su rostro estaba pegado al pecho de él, y uno de sus brazos rodeaba su cintura con posesividad. La respiración de Vergil era tranquila, casi perezosa, como si estuviera profundamente dormido o simplemente disfrutando del momento. Stella sintió que el calor le subía al rostro al darse cuenta de lo cerca que estaban, de cómo su cuerpo parecía haberse moldeado al suyo durante la noche.

Antes de que pudiera reaccionar, sintió los dedos de Vergil moverse ligeramente en su cintura. Un escalofrío la recorrió cuando él apretó suavemente su silueta, acercándola aún más.



"Mmm...", murmuró con la voz ronca por el sueño. Stella sintió su barbilla rozándole ligeramente la coronilla antes de que soltara un pequeño suspiro. "Así que de verdad te gusta dormir así. Interesante..."

La tensión estalló en su interior. Stella intentó apartarse, pero Vergil fue más rápido. Su brazo se tensó alrededor de su cintura, atrapándola contra él.

"¿Adónde crees que vas?" preguntó con evidente diversión en su tono.

—Déjame ir. —Stella entrecerró los ojos.

Vergil sonrió contra su cabello. "Hmmm... no."



Stella resopló, aún atrapada contra él. Podía sentir cada centímetro de los firmes músculos bajo sus manos, el calor constante que emanaba de Vergil. Peor aún, sentía que su propio cuerpo no quería alejarse. Era... cómodo. Su confusión interna la irritaba.

"Te sientes demasiado cómodo con esto, sosteniendo a la madre de tu esposa de esta manera", acusó, tratando de ignorar la forma en que su corazón latía más rápido.

—Yo diría que tú también, sobre todo después de decir que eres mía. Si no, me habrías matado mientras dormía. —Vergil rió entre dientes, y el sonido resonó en su pecho.

"Si sigues sujetándome así, aún podría hacerlo", gruñó Stella suavemente.

"¿Y arruinar un momento tan especial? Lo dudo." No parecía preocupado en lo más mínimo.

Su irritación aumentó, pero al mismo tiempo, no pudo evitar el ligero rubor que se extendió por su piel. Vergil sabía exactamente el efecto que tenía en ella, y era evidente que lo disfrutaba.

—Al menos podrías fingir que no lo disfrutas tanto —replicó Stella, intentando mantener su dignidad.

¿Y desperdiciar la oportunidad de burlarme de ti? Ni hablar. —Sonrió con suficiencia—. Mi dulce Stella —murmuró cerca de ella, y un escalofrío la recorrió.





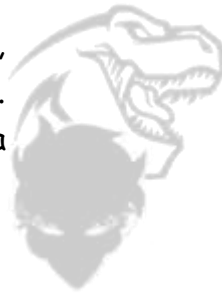
Stella suspiró, sintiendo que el cansancio volvía a apoderarse de ella. Su mente seguía pesada, el peso emocional de lo que había revivido aún presente. Por un instante, solo un instante, cerró los ojos y se permitió relajarse contra Vergil una vez más.

Él, por supuesto, se dio cuenta.

Sus dedos se deslizaron suavemente por la curva de su cintura, y esta vez, no pretendía provocarla. Era un toque diferente. Suave. Casi protector.

—No tienes que fingir que no quieres esto —dijo Vergil en voz baja, casi un susurro—. Puedes descansar.

Stella no respondió de inmediato. Simplemente mantuvo los ojos cerrados, sintiendo la calidez reconfortante y la inesperada seguridad de esa cercanía. Durante tantos años, lo había llevado todo sola. Durante tantos años, se había acostumbrado a no confiar en nadie. Pero ahora...



Ahora bien, allí estaba Virgilio.

No sabía qué significaba eso. No sabía adónde la llevaría. Pero por ahora, solo por esta noche, decidió permitirse algo que no había hecho en mucho tiempo.

Sólo estar ahí, sentir el calor de otra persona, sin miedo, sin muros.

Vergil sonrió contra su cabello al sentir su cuerpo relajarse por completo contra el suyo. Su mano se movió perezosamente hacia arriba, rozando su cabello, como si saboreara ese momento excepcional.



—Buena chica —murmuró, divertido por el pequeño gruñido que recibió como respuesta. Pero aun así, Stella no intentó apartarse.

"Lo dije por impulso...", murmuró Stella de repente. "Pero ahora..."

"Es demasiado tarde", dijo Vergil.

Pasó un tiempo, y la habitación se sumió en una cómoda penumbra. La suave brisa nocturna se filtraba por la ventana entreabierta. Stella aún sentía el calor de Vergil contra ella, el firme peso de su brazo manteniéndola firmemente contra su pecho. Suspiró, intentando convencerse de que debía levantarse... pero la comodidad del momento le impidió actuar de inmediato.

Y entonces, de repente, la puerta se abrió.

Roxanne se detuvo en la puerta, con sus ojos azules clavados en la escena. Su madre, tumbada sobre su marido, con el rostro aún somnoliento y el cabello plateado despeinado, mientras Vergil, con una sonrisa traviesa, la sujetaba por la cintura, acercándola aún más.



El silencio duró sólo unos segundos antes de que Roxanne dejara escapar un pesado suspiro, cruzando los brazos e inclinando ligeramente la cabeza.

Primero la madre de Katharina, luego la de Ada, y ahora... me he unido al club. —Puso los ojos en blanco antes de mirarlo fijamente—. En serio, ¿te gusta mucho Oyakodon?

Vergil sonrió descaradamente, sin una pizca de remordimiento o vergüenza, como si ese comentario fuera el mayor elogio.



"El destino simplemente favorece a aquellos con gusto refinado", respondió, apretando ligeramente la cintura de Stella, haciendo que finalmente se apartara un poco, con un leve rubor en su rostro.

"Ustedes dos son imposibles..." Roxanne se masajeó las sienes. "¿Cómo demonios pasó esto? ¡Me dormí y ahora me despierto y descubro que añadieron a MI madre a su harén!"

Stella, todavía tratando de procesar todo, suspiró y se pasó una mano por su cabello plateado, ajustándolo.

"No fue algo planeado...", empezó, con la voz aún somnolienta. "Simplemente... sucedió."

—Lo dices como si fuera lo más normal del mundo, mamá —suspiró Roxanne, mirando a Vergil y a Stella—. ¿Pero sabes qué? Ni siquiera sé por qué sigo sorprendida...

—Sabes que soy un hombre generoso. No puedo dejar que mujeres maravillosas sufran solas, ¿verdad? —Vergil rió entre dientes, estirándose perezosamente en la cama sin intención de moverse.

—De verdad que sabes justificarte con palabras elegantes, ¿eh? —Roxanne lo miró con los ojos entrecerrados.

—Y aun así, sigues enamorándote de ellos. —Le guiñó un ojo, visiblemente divertido.

Roxanne miró a su madre y luego a Vergil, dejando escapar un largo suspiro antes de sentarse finalmente en la cama.





"Yo también quiero que me mimen", murmuró Roxanne, sentándose junto a Vergil y acurrucándose en su brazo izquierdo. "Tengo sueño", dijo antes de cerrar los ojos.

Virgilio sólo se rió.

[Cocina]

El aroma a café recién hecho y pan caliente inundaba la cocina de la mansión, donde Novah, Viola y Viviane se reunían para un merecido descanso tras las tareas matutinas. La luz del sol se filtraba por las ventanas, iluminando las impecables encimeras mientras las tres criadas comentaban los últimos acontecimientos.

"Todavía no puedo creerlo...", refunfuñó Viviane, cruzándose de brazos y golpeando el suelo con el pie. Su rostro estaba ligeramente enrojecido por la indignación. "¡De verdad me obligó a usar mi magia solo para conquistar a otra mujer! ¡Como si fuera una herramienta para sus caprichos!"



Viola suspiró, removiendo el té con pereza. «Viviane, estás exagerando. Todos sabemos cómo es el Maestro. Ya deberías estar acostumbrada».

¿Exagerando?! Viviane la miró indignada. ¡Ni siquiera me mira! Soy la más leal a él, siempre dispuesta a ayudar en lo que sea, ¿y qué consigo? "Viviane, usa tu magia en esto", "Viviane, prepara aquello". ¿Y ahora? ¡¿Ahora solo soy una herramienta para ablandarle el corazón a alguna mujer?!"

Novah, que mordisqueaba tranquilamente una galleta, arqueó una ceja. "Si tanto te molesta, ¿por qué no haces algo al respecto?"



Viviane resopló, dando un puñetazo en la mesa. "¿Y cómo se supone que voy a hacer eso, eh?"

Viola y Novah intercambiaron miradas antes de suspirar simultáneamente, como si estuvieran tratando con una niña terca.

¿Tanto te gusta tu amo? ¡Pues ve y siéntate en su regazo! —dijeron ambos al unísono, con tono exasperado.

Viviane se quedó sin palabras por un momento, y su rostro se sonrojó aún más. "¿Q-qué?! ¿Cómo que te sientas en su regazo?!"

Viola puso los ojos en blanco. "Sabes exactamente a qué nos referimos. Si quieres su atención, deja de quejarte y haz algo al respecto. Conociéndolo, dudo que te rechace."

Novah se encogió de hombros y agarró otra galleta. "Exactamente. Y si no lo haces pronto, alguien se te adelantará."

Viviane se mordió el labio inferior, sintiendo una mezcla de ira, frustración y... quizás un pequeño rayo de esperanza.

"Hmph... tal vez realmente debería..." murmuró para sí misma, apartando la mirada.

